



Memoria

Universidad de Antioquia: protagonista y testigo

Facultad de Comunicaciones 25 años Del caos a la polifonía Por: Andrés Vergara Aguirre

Al comienzo un canto. Después otro y uno más, hasta que se forma la gran algarabía en la que cada uno intenta levantar su voz por encima de las demás. Cualquiera que escuche pensará que otra vez la torre de Babel. Para salir de la barahúnda sin que nadie tenga que apagar su voz, hay que encontrar la armonía, el único camino para llegar al coro polifónico.

La historia de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia está hecha de fragmentos, historia un tanto escabrosa, con algunas disonancias. Y una de esas disonancias se ha presentado entre las áreas de comunicaciones, y las de lingüística y literatura que después de mucho tiempo, al fin, van encontrando la armonía.

Unas voces: Lingüística y Literatura

La Facultad de Comunicaciones fue creada a finales de 1990, pero los dos departamentos que constituyeron sus pilares ya estaban arraigados en la historia de la Universidad de Antioquia. De ellos, el que más trayectoria tenía era el de Lingüística y Literatura, con una vida muy accidentada y fragmentada, y también bastante larga. No están muy lejos de la realidad quienes afirman que los orígenes de los estudios literarios y lingüísticos pueden buscarse en las primeras clases impartidas en el colegio franciscano fundado en 1803, que después se convertiría en la Universidad de Antioquia. En efecto, el colegio nació con las cátedras de latín y letras menores. Las obras de Ovidio, Cicerón, Quinto Curcio, san Jerónimo y Virgilio están entre los primeros temas de estudio en los comienzos de nuestra Alma Máter. Estudios que se irán transformando y enriqueciendo con el paso de los años, y siempre estarán presentes en los planes académicos de todas las carreras ofrecidas por la Universidad.

El primer capítulo oficial de los estudios literarios y lingüísticos se abre con la fundación del Instituto de Filología y Literatura, en 1942.¹ Durante su corta vida de ocho años, este instituto logró la creación de cinco licenciaturas en Lenguas y Literaturas Clásicas y Modernas, y también dio grandes pasos hacia la consolidación de la extensión de la Universidad.

Uno de los programas académicos más importantes que ofreció fue la Licenciatura en Filología y Literatura, en la que se estudiaba una rica gama de cursos relacionados con las lenguas, la literatura y la lingüística,

como griego, latín, literatura inglesa, lingüística, gramática, castellano, literaturas medievales, alemán, italiano...

El Filológico desempeñó un papel básico en la orientación de los estudios literarios y lingüísticos. Se programaron múltiples cursos y eventos literarios, entre ellos la Cátedra Cervantes, en 1947. No en vano tenía en su planta de profesores a algunos de los mejores especialistas en las áreas, entre ellos don Julio César García, el primer director del Instituto –que también había sido rector de la Universidad.

Al parecer, el cierre del Instituto en 1950 está ligado a los vaivenes políticos, pues, cuando Laureano Gómez asumió la Presidencia, fueron cerradas varias instituciones educativas y a otras se les cambió de orientación y se las retornó por la senda del cristianismo, bajo la tutela de las comunidades religiosas. Entonces desapareció el Filológico y comenzó el peregrinar de los profesores de lingüística y literatura.

Tras el cierre intempestivo del Instituto de Filología y Literatura, en 1951 fue fundado el Instituto Marco Fidel Suárez de Investigaciones Científicas; con una corta historia, muy pronto desapareció esta dependencia, cuyo nombre honraba a uno de los políticos conservadores más exaltados en la historia colombiana.

El Marco Fidel estaba pensado como un Instituto dedicado a la divulgación y al fomento de las distintas ciencias encaminadas al estudio de las sociedades y las culturas, entre ellas la lingüística y la filología. Una de sus secciones más importantes era la de Filología. Allí tenían un nicho los especialistas de lingüística y literatura, pero fue un oasis breve, porque se desvaneció a finales de 1952.²

A mediados de 1953 se creó la Facultad de Ciencias de la Educación. Otra vez salían del limbo los estudios de lingüística y literatura con la aprobación, en 1954, del programa de Filología e Idiomas, adscrito a esa Facultad. Pero dicho pregrado apenas arrancó en 1956 y poco después se le cambió el nombre por el de Idiomas y Literatura.³ Además de esta carrera, se ofrecían también cursos de literatura para otros programas académicos. Entre estos pueden destacarse los de teoría literaria, y los de literatura universal, hispanoamericana, general, española y colombiana.⁴

Pero tampoco sería muy prolongada la permanencia de los estudios literarios en la Facultad de Ciencias de la Educación, pues a fines de 1962 fue creado el Instituto de Estudios Generales, que tenía la misión de brindar la formación en cursos básicos para todos los estudiantes que ingresaban a la Universidad de Antioquia. Este Instituto, que comenzó a operar en 1964, también tendría una vida breve: desapareció en 1967. En este lapso, los estudios literarios y lingüísticos fueron servidos por el Instituto a través del Departamento de Español.⁵

A finales de 1967, en una nueva reestructuración administrativa de la Universidad, fue eliminado el Instituto de Estudios Generales, al tiempo que se creaba la Facultad de Ciencias y Humanidades, también de vida breve: poco más de doce años. En esa barajada, el departamento de Español quedó adscrito a la nueva Facultad. Claro que al antiguo departamento se le hicieron reformas sustanciales, en la búsqueda del desarrollo de la docencia, la investigación y la extensión. Por ello se dividió en tres secciones: Lingüística, Literatura, y Español Básico. Este nuevo departamento tenía entre sus principales objetivos el de ofrecer cursos básicos a las distintas dependencias académicas de la Universidad, y cursos avanzados en lingüística y literatura.

A comienzos de 1980, tras la eliminación de la Facultad de Ciencias y Humanidades, se crea la Facultad de Ciencias Humanas. Como resultado de este nuevo orden administrativo, los estudios de lingüística y literatura quedan en manos del Departamento de Lingüística y Literatura, adscrito a la recién creada Facultad, y conformado por tres secciones: Lingüística, Literatura, y Servicios. Aquí viene otro intento de fusión que abrirá una brecha insalvable, que permanecerá y será heredada también por la futura Facultad de Comunicaciones.

A finales de 1990 vendría otra reforma importante en la Universidad: desapareció la Facultad de Ciencias Humanas. Y con la reestructuración administrativa, el Departamento de Lingüística y Literatura quedó adscrito a la Facultad de Comunicaciones.

Otras voces: Comunicación Social

El Departamento de Comunicación Social, el otro puntal para la creación de la Facultad de Comunicaciones en 1990, tenía una historia más reciente y menos accidentada que la de Lingüística y Literatura. A diferencia de este, el de Comunicación tuvo la ventaja de que siempre, desde su nacimiento como Escuela de Periodismo, contó con un programa de pregrado que fue su sustento y sirvió para justificar la creación de la Facultad.

El origen del pregrado en periodismo se remonta a 1960; aunque ya había escuelas de periodismo de larga tradición en universidades estadounidenses e inglesas, el periodismo en América Latina seguía en manos de empíricos. Sin embargo, en nuestro país había unas cuantas excepciones de periodistas que habían ido a estudiar a las referidas escuelas, como Álvaro Cepeda Samudio, y algunos de los Santos herederos del periódico El Tiempo.

Cuando se fundó la Escuela, eran muy recientes en Colombia los estudios periodísticos (la Universidad Javeriana había dado el primer paso). En mayo de 1960, se realizó en Quito la Conferencia Interamericana de Prensa, convocada por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina, Ciespal, entidad organizada con el auspicio de la Unesco. De Medellín asistió Fernando Gómez Martínez, entonces director de El Colombiano. En dicha reunión, una de las propuestas fue la creación de programas de periodismo en las universidades.

La propuesta hecha en Quito pronto tuvo eco por estos lares. Cuatro meses después, el periodista Julián Pérez Medina, diputado en aquellos días, presentó a la Asamblea de Antioquia un proyecto de ordenanza para destinar un auxilio de cincuenta mil pesos para la creación de la escuela de periodismo en la Universidad de Antioquia. “En la reunión de Quito se había hablado de las escuelas de periodismo, y yo recibí la información. En ese aspecto estábamos en el vacío porque no teníamos una. Por eso tomé la iniciativa de proponerla”. Y hecho. El proyecto cumplió sus tres debates de rigor y fue aprobado. Don Julián Pérez tenía nítido el recuerdo: “Fue el primero de octubre cuando presenté el proyecto ante la Asamblea. Y fue aprobado por unanimidad. Días después fue sancionado por el Gobernador”. Y otro recuerdo –“para la vanagloria personal”, añadió–: cuando regresó a la Asamblea con la ordenanza en su carpeta –el 19 de octubre–, los demás diputados le rindieron tributo, de pie y con aplausos. Eran conscientes de la importancia que tenía el proyecto para la región. El 5 de diciembre de 1960 fue creada la Escuela. Ahí comenzó la historia.

A principios de 1961 se abrieron las inscripciones para la recién creada escuela, que durante sus primeros diez años estuvo en el segundo claustro del edificio fundacional de la Universidad de Antioquia, en la

plazuela de San Ignacio. Y arrancó el primer semestre. Profesores: todos empíricos. Estudiantes: nueve; ocho mujeres y un hombre. Solo permanecieron cinco mujeres. Y sorprende que fueran justamente ellas las que picaran en punta para buscar formación académica en un oficio que era ejercido sobre todo por hombres. Sí: desde los años treinta, Emilia Pardo Umaña había sido precursora como primera mujer destacada en el periodismo colombiano. Y no fueron pocas las sanciones sociales por tal atrevimiento, pero ella se ganó bien su lugar. Después fueron llegando otras, al comienzo solo para las notas de farándula, vida y sociedad, páginas del hogar... Un programa corto, según consta en el acta No. 32 del 5 de diciembre de 1960, mediante la cual se creó la “Especialización en Periodismo, Radiodifusión y Relaciones Públicas”, con una duración de tres años y adscrita a la Facultad de Ciencias de la Educación.

El 6 de febrero de 1961 se inició la actividad académica de la Escuela. El primer director fue Carlos Puerta, quien tuvo que hacer milagros. Director de una escuela que todavía no existía, de unos profesores que eran periodistas empíricos, pero no educadores. Y para completar, el grupo de estudiantes era bastante reducido. Escuela que parecía más una ilusión, un proyecto algo quijotesco, alentado por enamorados del oficio como Julián Pérez Medina.

Poco después, por recomendación de la profesora Mary Gardner de la Universidad de Texas, se cambiaron algunos cursos del plan de estudios. En el proceso también estuvo involucrada la Ciespal, que cumplió una función protagónica en el desarrollo del periodismo en América Latina. En marzo de 1965, por recomendación de ese organismo, se hicieron cambios estructurales al programa curricular, se extendió a cuatro años y se le dio un nuevo nombre a la entidad: Escuela de Ciencias de la Comunicación. También se establecieron nuevos objetivos: “brindar formación moral, intelectual y práctica de profesionales en las diversas ciencias de la comunicación colectiva; elevar el nivel cultural de quienes desempeñan actividades de comunicación con el público y propender por el mejoramiento en todos los campos de los sistemas de comunicación con el público”. El nuevo programa fue aprobado por el Ministerio de Educación Nacional en 1967. Asimismo, durante muchos años la Ciespal ofreció becas para que los profesores de la Escuela –y después del Departamento de Comunicación Social– fueran a realizar cursos de periodismo en Quito, donde ese organismo tenía su sede.

El primero de septiembre de 1968, la Escuela de Ciencias de la Comunicación, que seguía adscrita a la Facultad de Educación, se convirtió en la Sección de Ciencias de la Comunicación, adscrita al Departamento de Humanidades de la Facultad de Ciencias y Humanidades, que otorgaba el título de Licenciado en Ciencias de la Comunicación a quienes cumplieran el plan de estudios establecido. En 1970, la sección se convirtió en departamento, y cinco años después se inició una transformación curricular del programa. En 1980, tras la desaparición de la Facultad de Ciencias y Humanidades, el Departamento de Comunicación Social quedó adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales, donde permaneció hasta 1990, cuando fue creada la Facultad de Comunicaciones.

En los años setenta, además de la Ciespal, que definió la orientación de muchos programas de comunicación en el país y en América Latina, hubo asociaciones como la Federación Interamericana de Relaciones Públicas –Fiarp–, y el Centro Colombiano de Relaciones Públicas y Comunicación Organizacional –Cecorp–, que orientaron la enseñanza de las relaciones públicas en estos programas.

En sus inicios, la Escuela había ofrecido formación básicamente en radio y en periodismo escrito. Pero paulatinamente el plan de estudios se fue diversificando. En 1970, Comunicación Social fue declarado por la Fiarp un programa piloto para la enseñanza de las relaciones públicas para América Latina.

La profesora María Victoria Mejía, al evocar la época en que realizó sus estudios en la Universidad, resaltó la buena formación en las áreas de humanidades, y el esfuerzo de los empíricos en periodismo por sacar ese proyecto adelante, porque en la Escuela se trabajaba con las uñas. Eso bien lo sabía Carlos Puerta, el primer director.

Corrían los años setenta. Época de rebeldía, ebullición de las ideas, vientos de revolución propagados en toda la América Latina; Cuba había mostrado el camino. Por supuesto, en la Universidad estaban presentes todas las ideologías, de izquierda, centro, derecha y ultraderecha. Y desde la izquierda, muchos veían las relaciones públicas como algo inoficioso, o más bien perjudicial para la “causa del pueblo”, y a los relacionistas públicos como unos “lambones”, y pedían que las relaciones públicas salieran del programa curricular. Y casi lo consiguieron. A mediados de la década del setenta, con el auge de los medios audiovisuales, hubo reforma curricular. Y los cursos obligatorios de Publicidad II y Relaciones Públicas II se convirtieron en electivos.

Sin embargo, las áreas de relaciones públicas y publicidad se mantuvieron en el programa, y hoy la comunicación organizacional es una de las líneas con más proyección, como lo evidencian un pregrado y una maestría en Comunicaciones.

Con la expedición de la Ley 51 de 1975, que reglamentaba el ejercicio del periodismo en Colombia (fue abolida a finales de los noventa), hubo una reestructuración del programa, pues era necesario hacer mayor énfasis en las áreas de periodismo.

Por esos días hizo su irrupción en la escena otra área: la audiovisual. En los primeros años, cuentan los estudiantes de entonces, se estudió televisión en el tablero. No había más recursos. Después, los estudiantes tenían la oportunidad de ver unas cámaras Dage en blanco y negro que tenía la Facultad de Ingeniería: las manipulaban los futuros ingenieros. Según recordó la profesora Martha Cecilia Montoya Aguilar, cuando ya las cámaras estaban “acabadas”, se las endosaron al programa de comunicación. Aunque con bastante retraso, por fin el objetivo de la televisión pareció más real. Pero las cámaras estaban tan viejas que se recalentaban; tocaba hacer una pausa de media hora, recuerda la profesora, mientras los equipos se enfriaban. Así comenzó la historia de la televisión en Comunicaciones.

Del simulacro de la televisión se fue pasando a la realidad. En el proyecto ayudaron distintos aspectos, como las luchas de los estudiantes y los avances regionales en la televisión. Martha Cecilia comentó: “A comienzos de los ochenta se conformó el Comité de Televisión de la Universidad de Antioquia, con representantes de distintas Facultades, como Educación, Ciencias Sociales, Artes... Así se iniciaron las indagaciones sobre las posibilidades que teníamos de hacer un canal universitario, y el comité fue como una incubadora porque se hicieron estudios y el proyecto fue creciendo, hasta que desembocó en el canal regional, Teleantioquia”.

Y claro, el nacimiento de Teleantioquia abrió horizontes para el área de televisión en la Universidad, porque así los dos canales de televisión de Inravisión, en Bogotá, dejaron de ser la meca para quienes aspiraban a trabajar en el área. Inicialmente el Departamento de Comunicación Social cumplió un papel importante en ese canal: la profesora Olga Castaño Martínez se desempeñó como jefa de programación, y los profesores se vincularon a la realización de unos ocho programas y a otros menesteres afines.

Más adelante, otro paso importante fue la llegada de la antena parabólica a la Ciudad Universitaria, en torno a la cual se fueron desarrollando varios proyectos. La red interna de televisión creció al amparo de la parabólica, y se hicieron avances en la tarea de convertir la televisión en una herramienta pedagógica.

Después vendrían nuevos adelantos en la ciudad, como Telemedellín y el Canal U (este también surgió de un proyecto desarrollado por profesores de la Facultad), que abrieron espacios más flexibles para la realización de televisión. Hoy muchos de los videos realizados en los cursos se presentan en esos canales. Y allí encuentran sitio muchos estudiantes de nuestros distintos pregrados para hacer sus prácticas profesionales y para iniciarse en la vida laboral.

En el desarrollo del área también es importante resaltar la misión cumplida por los estudiantes. Con protestas y paros en las décadas de los ochenta y los noventa, lograron que la Facultad adquiriera equipos para que la televisión fuera menos simulacro y más realidad. Un movimiento estudiantil con este objetivo tuvo lugar en 1997. Casi un semestre estuvo la Facultad sin quehacer académico, y vinieron los nuevos equipos.

La Estampilla Pro-Universidad de Antioquia, una fuente importante de ingresos para el Alma Máter, también ha permitido el desarrollo del área de televisión. Gracias a ella, hay varios proyectos en curso para la adquisición de equipos.

Hoy, las fortalezas técnicas y tecnológicas con que cuenta el área de televisión permiten la realización de programas para diferentes dependencias de la Universidad y para entidades externas.

Un paso importante para el desarrollo en este campo ha sido el pregrado en Comunicación Audiovisual y Multimedial, uno de los frutos de la discusión académica que se dio en la Facultad entre 1999 y 2001, tanto en las áreas de Comunicaciones como en Lingüística y Literatura, y que llevó a la creación de nuevos programas académicos.

La sección de Producción y Medios también está estrechamente ligada al área de la televisión: esta dependencia es la responsable de coordinar los servicios que la Facultad ofrece a otras dependencias de la Universidad y a la comunidad en general, en actividades de docencia y en producción de televisión, entre otros.

Por su parte, la radio, otra de las áreas básicas, también ha tenido desarrollos importantes. Como ya se dijo, estuvo presente en la Escuela desde el momento de su fundación. En los comienzos, profesores que venían del oficio en los medios, como José Jaramillo Alzate, Julián Pérez Medina, Gabriel Cuartas Franco y Carlos Mejía Saldarriaga, fueron los responsables de enseñar radioperiodismo.

La Emisora Cultural Universidad de Antioquia, la más antigua de su género en el país, también ha cumplido una función primordial como laboratorio de los periodistas en formación. “Desde 1968 tenemos el noticiero Síntesis Informativa, hecho por los estudiantes. Antes era más simulacro que trabajo real, los estudiantes no se enfrentaban al público; hoy sí se enfrentan a las audiencias, y cursos como expresión oral y radio-arte enriquecen y mejoran el trabajo y abren otras posibilidades”, comentaba en 2003 Lucía Restrepo Cuartas, quien durante unas tres décadas se desempeñó como profesora de radio en la Facultad.

A propósito de la emisora, hace unos doce años dio paso a la digitalización de los procesos de producción, grabación y emisión de los programas. Este proyecto de difusión cultural, fundado en 1933, cuando sus gestores hicieron la primera emisión con un transmisor de construcción casera, se ponía así a la vanguardia en tecnología.

También es importante destacar la emisora que la Facultad de Comunicaciones tiene en internet. Se trata del proyecto Altair Hipermedia (<http://altair.udea.edu.co>), que nació de la propuesta que un grupo de estudiantes hizo en 1999. Altair ofrece varias alternativas para los cibernautas, como un menú a la carta o la programación que se desarrolla en tiempo real.

Y el periodismo escrito. Éste ha sido uno de los bastiones desde el origen de la Escuela. Entre los profesores destacados en esta área podemos nombrar a Julián Pérez Medina, quien llegó a la Escuela unos dos años después de la fundación. Y a don Alfonso Lopera, quien por su trayectoria y por el compromiso que demostró siempre con el oficio, ha sido considerado un decano del periodismo en Antioquia. Don Alfonso llegó a dirigir la Escuela de Ciencias de la Comunicación en 1966, en un momento en el que la escasez de estudiantes y las condiciones académicas permitían presagiar el cierre. El Maestro, que llevaba diecisiete años como profesor de bachillerato en la Universidad Pontificia Bolivariana, respondió al llamado que le hizo el rector Lucrecio Jaramillo Vélez. Y el planteamiento fue simple: o ponía a marchar la Escuela, o había que cerrarla. Y hecho. Debía lograr un grupo mínimo de cincuenta estudiantes: “Nos tocó salir de colegio en colegio para promover la vocación, pero nadie se atrevía; nos decían: eso no es carrera, periodista es cualquiera”, cuenta don Alfonso, quien entonces reunió a sesenta estudiantes.

Para ilustrar el respeto que inspiraba don Alfonso, baste mencionar que, aun siendo un conservador y católico a ultranza, nunca tuvo dificultades en los años setenta, cuando la efervescencia marxista llegó a su punto más alto y algunos profesores de periodismo tuvieron que dejar la Universidad por sus filiaciones políticas de derecha. Don Alfonso siempre fue respetuoso y cauteloso en esos asuntos. Como director de la Escuela (1966-1973) sentó las bases para una buena formación en periodismo. Uno de los aspectos en los que más énfasis hacía era en la ética periodística, como lo demuestra su libro dedicado al tema. En 1986, cuando la Universidad de Antioquia le rindió un homenaje, él, con la humildad que lo caracterizó siempre, aconsejó:

“Me atrevo apenas a formular una recomendación cordialísima: Que sigamos todos revitalizados en cada uno de nosotros, en nuestra vida y en nuestro quehacer cotidiano, a toda hora y en toda circunstancia, con viento favorable o de cara a toda suerte de adversidades y tormentas, el sentido ético de nuestra profesión, la vivencia constante de rectitud que ha de animar siempre el desempeño esforzado de nuestra misión comunicadora”.

También es importante destacar la revista Folios, especializada en temas relacionados con la comunicación y el periodismo.

Las nuevas voces

Fruto de las discusiones a finales de la década de 1990, la Facultad de Comunicaciones viviría la transformación más importante desde su fundación, pues en los siguientes años se crearían cuatro nuevos programas de pregrado. En el área de Comunicaciones se acordó la escisión del programa de Comunicación Social-Periodismo, que hasta entonces había sido el único pregrado de la Facultad, en tres nuevos programas: Periodismo, Comunicación Audiovisual y Multimedial, y Comunicaciones, en la búsqueda de responder a las necesidades y demandas del mundo contemporáneo en el amplio espectro de las comunicaciones. Por su parte el área de Lingüística y Literatura emprendió la creación del nuevo pregrado en Letras: Filología Hispánica.

El pregrado en Periodismo, creado mediante el Acuerdo Académico 0151 de 1999, forma profesionales con la convicción de que “El periodismo y los periodistas, a través de los medios de comunicación, son actores sociales de primer orden con una serie de responsabilidades y deberes que confluyen en una función fundamental: a través de una vocación de servicio público contribuir al bien común” (Pregrado en Periodismo. Documento para renovación del registro calificado. 2011, p. 53).

Después, el pregrado en Comunicaciones fue creado mediante el Acuerdo Académico 211 de 2002, y una de las particularidades a destacar de este pregrado es el diseño de su plan curricular como un sistema de módulos, el cual es definido como “una propuesta que no trabaja por asignaturas, sino por conjuntos integrados de asignaturas. En consecuencia, el módulo debe entenderse como unidad académica que se caracteriza por ser simultáneamente una estrategia de enseñanza-aprendizaje, una forma organizativa que articula asignaturas alrededor de un objeto central de trabajo académico y una estructura de innovación para la docencia investigativa” (Pregrado en Comunicaciones, 2002, Propuesta curricular, p. 20). Este programa está enfocados en distintas líneas de profundización, como la comunicación para el desarrollo, la comunicación organizacional, comunicación y salud, y comunicación y educación.

El pregrado en Comunicación Audiovisual y Multimedial, CAM, fue creado mediante el Acuerdo Académico 0241 de 2003, con el fin de formar “un profesional que sabe Comunicar verdaderos mensajes de acuerdo con una concepción sólida del mundo, con creatividad ejemplar y orientación, guiado por una misma autocrítica, a través de los medios visuales y auditivos de los que dispone la sociedad universal actual” (CAM, 2010, Documento maestro para la renovación del registro calificado, p. 20).

En esta área también está la Maestría en Comunicaciones, creada mediante el acuerdo 0348 de 2009, y la cual se propone “Formar investigadores y profesionales de la comunicación, capaces de realizar investigación, básica y aplicada, e intervención sobre problemas de la comunicación y sus relaciones con la sociedad, los medios masivos, alternativos y digitales, la cultura, las comunidades, la política y las instituciones públicas y privadas, con base en diversos paradigmas conceptuales, la reflexión crítica sobre su objeto de estudio y la aplicación de destrezas metodológicas, en varios escenarios del campo de las comunicaciones, en los contextos local, nacional e internacional” (Maestría en Comunicaciones, 2009, Documento Maestro, p. 50).

También es importante resaltar que el antiguo programa de Comunicación Social-Periodismo desapareció en la Ciudad Universitaria, donde cerró la oferta de cupos en 2003, para darle paso a los nuevos pregrados del área, sin embargo hoy sigue más vivo que nunca gracias a su extensión a otras sedes de la Universidad en las regiones, dado que la Facultad concluyó que este programa es el que mejor responde a las demandas de las distintas subregiones de Antioquia en cuanto a formación en cuanto a los campos de la comunicación social.

Así, la Facultad de Comunicaciones decidió abrir la oferta del programa en las seccionales del Bajo Cauca (Caucasia), y del Oriente Antioqueño (Carmen de Viboral), donde se iniciaron actividades en 2009; posteriormente, en 2013 se abrió el programa en la seccional de Urabá (Turbo y Apartadó), y en la seccional del Suroeste (Andes). A partir de 2015, el programa se extiende también a la sede Sonsón, en el suroriente antioqueño (Comunicación Social-Periodismo, solicitud de registro calificado, sede Sonsón, 2014, p. 9). Al ofrecer el programa en estas regiones, la Facultad de Comunicaciones tiene en cuenta que “La oferta debe buscar que las regiones se beneficien con un programa que brinde una formación integral, amplia, con variedad de perfiles y no puntual. Es decir, un programa que forme un Comunicador con habilidades y competencias en medios impresos, audiovisuales, con un enfoque de comunicación para el desarrollo, con

bases para el ejercicio de las relaciones públicas, la comunicación organizacional y el periodismo, y con conocimiento de las metodologías de investigación, pues las mismas condiciones sociales, económicas y de crecimiento en las regiones lo exigen” (Ibíd., p. 7).

En cuanto a las novedades en el Departamento de Lingüística y Literatura, el pregrado en Letras: Filología Hispánica se consolidó gracias a la propuesta del Grupo de Trabajo Académico (GTA) que hizo la formulación del proyecto para la creación de este, y fue aprobado mediante el Acuerdo Académico 240 de 2003. El programa tiene la misión de formar a un filólogo que “cuenta con formación interdisciplinar en especial en las áreas de lengua y literatura. Tiene competencias en el diseño, la dirección, la ejecución, la gestión y la divulgación de investigaciones y proyectos relacionados con la lengua, la literatura y las culturas. Está en capacidad de proponer, gestionar y dirigir de modo individual o a través de empresas u organizaciones culturales, académicas, científicas, tecnológicas y educativas, proyectos que respondan a las necesidades de las sociedades actuales” (Letras: Filología Hispánica, documento para la extensión en la sede Carmen de Viboral, 2015, p. 41). Asimismo, en 2015 se propone la extensión del pregrado en la seccional Oriente.

En búsqueda de la armonía

Según se dijo, la fusión ocurrió en 1990, cuando la Universidad eliminó las facultades de Ciencias Humanas y Ciencias Sociales. Con algunas piezas de las desaparecidas facultades se armó la nueva entidad: los departamentos de Comunicación Social, y de Lingüística y Literatura, y el Centro de Investigaciones y Extensión. Para la nueva dependencia se creó la sección de Producción y Medios.

Los dos departamentos pilares de la nueva facultad tenían algo en común: habían sido itinerantes en distintas unidades académicas de la Universidad, pero nunca habían encontrado un ambiente propicio para proyectarse a largo plazo.

En el caso de comunicación social, era más entendible aquel andar errante: se ocupaba de un oficio recién llegado a la Universidad, más de hacedores que de estudiosos; es cierto que el periodismo fue fundado en Colombia hace más de dos siglos, cuando en 1791, don Manuel del Socorro Rodríguez puso a circular en material impreso la información sobre un terremoto en Bogotá. Pero, a pesar de su larga historia, seguía siendo un oficio sin tradición académica, sin abolengo. El egresado Juan José García Posada alguna vez se refirió al asunto: “En la misma Universidad se nos miraba con mal disimulada extrañeza a los muchachos que desde los primeros instantes nos convencimos de la grandeza de la causa que acabábamos de abrazar”. Tal vez por eso, en las distintas facultades por las que pasó el programa de comunicación social, fue siempre un arrinconado. Así pues, resultaba natural que algunos de sus profesores propusieran la creación de una Facultad. Olga Castaño Martínez, una de las gestoras de este proceso, da su testimonio:

“La Facultad de Ciencias Humanas no era el ambiente natural, apropiado, para nosotros como Departamento de Comunicación Social. Por eso algunos de los profesores teníamos la propuesta de crear la Facultad de Comunicaciones. En 1990, cuando la Universidad estaba en un proceso de reestructuración administrativa, yo me dije: ‘es ahora o nunca’. Y como decana de la Facultad de Ciencias Sociales, tuve la oportunidad de defender la propuesta ante el Consejo Académico de la Universidad. No fue fácil, pero logramos sacar el proyecto adelante”.

Y fue Olga Castaño la primera decana de Comunicaciones. La pregunta es: ¿estaban ya dados los elementos para la creación de la Facultad? La profesora insiste en que era el único camino para que Comunicación

Social encontrara su desarrollo académico y administrativo. Y claro, había un patrimonio académico muy importante: el programa de pregrado, que ya cumplía treinta años, y el objetivo de crear los nuevos pregrados en comunicaciones, que hoy ya son una realidad.

En el caso de Lingüística y Literatura, no parece tan lógico ese deambular, ese aislamiento, pues se trata de campos del conocimiento que de una u otra forma han estado en la Universidad de Antioquia desde su origen, hace ya doscientos años. Disciplinas de alcurnia, de abolengo, cuyo ambiente natural son las ciencias sociales y humanas. Pero en asuntos institucionales no siempre resulta lógico el devenir. Además, se trataba de un departamento sin un programa de pregrado propio, que solo se ocupaba de ofrecer cursos de servicios de sus áreas a distintas facultades, y de administrar las dos maestrías, lingüística (creada en 1987 y luego interrumpida en su cuarta cohorte) y literatura colombiana (abierta en 1991 y aún vigente); esa carencia alimentaba su condición de errante. Años después de llegar a su nueva casa, desapareció el departamento y fueron creadas las áreas de Lingüística y Literatura, con sus respectivos coordinadores. En general, esta situación es el resultado de una marcada debilidad en la formación en lengua materna, fruto de la escasa importancia dada a esta, no solo en la Universidad de Antioquia, sino, en general, en la universidad colombiana.

Cuando desde Comunicación Social se planteó la propuesta de evolucionar hacia una Facultad, hubo una condición simple: se necesitaba otro departamento para justificar la transformación. Además, Lingüística y Literatura quedaba a la intemperie con la desaparición de Ciencias Humanas.⁶ Por ese lado las cosas estaban dadas. Se juntaron los dos departamentos en la nueva Facultad, que desde su creación ha estado ubicada en el Bloque 12 de la Ciudad Universitaria.

Para un canto coral

Después de esta historia fragmentada, que se ha ido construyendo en un vaivén un tanto caprichoso, el futuro parece más prometedor. Las áreas de comunicaciones están en plena expansión: a comienzos del siglo XXI comenzaron los tres nuevos pregrados, como fruto de la separación de los distintos componentes del antiguo programa de Comunicación Social-Periodismo: Comunicaciones, Periodismo, y Comunicación Audiovisual y Multimedial.

En contraste con las precarias condiciones de hace 42 años, cuando arrancó el programa de periodismo en la Universidad, hoy la Facultad de Comunicaciones cuenta con una avanzada dotación, mucho más apropiada para la formación en distintas áreas de las comunicaciones: laboratorio de fotografía, estudio de televisión y cabina de edición, cabina de grabación para radio, salas de redacción, el Sistema Informativo De la Urbe... herramientas que ofrecen un gran contraste ante la nada de los comienzos, y ante las máquinas de escribir que el rector Lucrecio Jaramillo Vélez sacó no se sabe de dónde para responder a la petición del profesor Julián Pérez Medina. “Eran unos ‘reques’” –dijo don Julián–, “estaban tan descompuestas que los estudiantes tenían que arreglarlas antes de cada práctica”.

Además, los estudiantes cuentan con De La Urbe, el periódico más sólido que ha tenido la Facultad de Comunicaciones, y que hoy está integrado al Sistema Informativo De la Urbe, del cual forman parte otras áreas: la radio, la televisión y la digital. Es cierto que desde los inicios de la llamada Escuela de Periodismo comenzaron los intentos por hacer periodismo estudiantil, en periódicos como Salsipuedes (nombre que seguramente aludía a las precarias condiciones para su publicación), los periódicos murales El Excelsior, El Hormiguero y Katarsis (en este último predominaron las notas sobre la “farándula” de la Facultad, y chismes de grueso calibre escritos por el clandestino grupo R37). Periódicos que surgieron por el empuje de los

estudiantes contestatarios que de alguna manera querían expresarse, ante la ausencia de un medio para sus prácticas. Entre los periódicos creados por los estudiantes también estuvo La Muralla que, bajo el lema “La pared y la muralla son papel de la canalla”, desarrolló un periodismo independiente y tan cáustico que el gobernador de Antioquia lo llevó a un consejo de gobierno para pedir que lo prohibieran. Y desapareció.

Antes del periódico De La Urbe también hubo otros antecedentes institucionales importantes, como Síntesis Universitaria (el cual tuvo varias épocas y cumplió una función destacada como espacio para que muchos de los estudiantes de Comunicación Social hicieran sus primeros pinitos en el oficio periodístico), El Universitario y Entrevista.

Hoy, De La Urbe es, como lo dijera la profesora Maryluz Vallejo Mejía en la época en la que estuvo como profesora de la Facultad, “un periódico en el que los estudiantes tienen la ciudad como laboratorio de prácticas”: es un periódico para la ciudad. Es verdad: De La Urbe es una oportunidad de práctica para los periodistas en formación; es un gran privilegio para ellos, como estudiantes, tener la oportunidad de publicar allí sus primeros artículos de prensa. Se está haciendo buen periodismo urbano en esas páginas.

También está el laboratorio de Filología, que cuenta con una cabina de grabación insonorizada, diseñada según los más altos estándares actuales de calidad, y en la que estudiantes y profesores pueden hacer las grabaciones para sus actividades académicas, y que también ofrece sus servicios para el público externo.

Al recorrer las áreas de literatura y lingüística, encontramos que, además de una serie de actividades en curso, hay otras bien importantes en gestación y, en el trasfondo de estas, permanece un proyecto administrativo, que, de encontrarse viable, las recogerá y aglutinará a todas. Para comenzar por este último, los profesores de ambas áreas han contemplado, desde hace más de una década, la creación de un Instituto, como parte de la Facultad de Comunicaciones. Se trata de un instituto que retoma las expectativas que quedaron trucas en 1950, cuando el aún joven Instituto de Filología de la época recibió el golpe de gracia.

El nuevo ente se enmarcaría dentro de la concepción administrativa actual de la Universidad y tendría a su cargo las actuales áreas, con sus respectivos programas (el pregrado, las dos maestrías y los dos doctorados) y sus grupos de investigación.

Al margen del proyecto descrito –aun en el campo de las posibilidades– en el campo de las realizaciones concretas existentes hay que destacar que el área de Lingüística presenta una buena producción: en asocio con el Centro de Investigaciones y Extensión en Comunicaciones –Ciec–, ofrece cursos, seminarios y diplomas, como los de Corrección de Textos, Enseñanza del Español como Lengua Extranjera, y cursos de escritura; asimismo, ofrece cursos y seminarios en sus áreas de competencia, y apoya distintas actividades académicas y culturales en la Facultad, con la realización de eventos académicos nacionales e internacionales. Además, la revista Lingüística y Literatura, que ya va en su edición 70, ha sido un importante medio de difusión de la producción académica de sus investigadores. (A este propósito, vale la pena recordar que en épocas pasadas, el departamento de Lingüística y Literatura tuvo otras revistas que le sirvieron como medio de divulgación de su quehacer académico, como Asolme (Asociación Lingüística de Medellín), Coloquios Lingüísticos y Lenguaje en Acción). El área cuenta también con semilleros de lengua materna, y con el programa Bajo Palabra, que aplica las nuevas tecnologías en la enseñanza del español para los estudiantes de la Universidad.

La Maestría en Lingüística había sido creada mediante el Acuerdo Académico 29 de 1985, y entre 1990 y 2000 ofreció cuatro cohortes, y luego tuvo una pausa de tres años, tras los cuales fue reformulada y reanudó

sus actividades, con la misión de “Formar posgraduados en Lingüística, idóneos, competentes en su área de especialidad y capaces de investigar sobre los fenómenos lingüísticos relevantes, para contribuir con los planes de desarrollo institucionales y sociales de la región y del país” (Documento de actualización del informe de autoevaluación de la Maestría en Lingüística para la acreditación de alta calidad, p. 12).

También está el Doctorado en Lingüística, aprobado mediante el Acuerdo Académico 344 de 2009, y que se propone formar “un profesional altamente calificado en esta área, capacitado para desempeñarse como profesor universitario y como investigador, contribuyendo así al desarrollo del conocimiento lingüístico regional, nacional y universal, y a la conformación de una comunidad científica colombiana en Lingüística. Estará capacitado para asesorar y liderar la definición de políticas lingüísticas nacionales en lo que concierne al español en las áreas de la educación y las comunicaciones, y en lo concerniente a la preservación de las lenguas étnicas y minoritarias” (Doctorado en Lingüística, Documento Maestro, p. 6).

En cuanto al Área de Literatura, que también cuenta con destacados académicos e investigadores, ofrece una amplia gama de cursos de servicio para distintos programas académicos de la Universidad, e importantes programas de extensión. Los profesores de estas áreas también han hecho grandes aportes no solo en sus actividades de docencia, sino mediante la investigación en distintas áreas de interés, en la que han propiciado avances significativos relacionados con la literatura latinoamericana, colombiana y regional, entre otros.

También está la Maestría en Literatura, que fue creada en 1991 como Maestría en Literatura Colombiana, pero que desde el año 2013 quitó de su nombre la especificidad de “colombiana” con el objetivo de hacerla más universal, entre otras razones para responder a las demandas para los procesos de acreditación internacional.

El doctorado en Literatura, aprobado por el Acuerdo Académico 255 de 2003, y que comenzó actividades de formación en 2005, tiene la misión de formar un doctor en el área que “estará capacitado para desempeñarse como profesor universitario altamente calificado, desarrollando de forma autónoma proyectos de investigación, aplicando las investigaciones en la labor docente, publicando los resultados de las investigaciones en medios académicos de su área, pero también divulgándolos para un público interesado más amplio, aportando, de esta manera a la preservación, el estudio y la actualización de la cultura regional, nacional y continental” (Doctorado en Literatura, Informe para renovación de registro calificado, p. 18).

Por su parte La Revista Estudios de Literatura Colombiana ha conquistado un buen lugar entre las publicaciones académicas sobre literatura en Colombia. Ya va en su edición 38, y en ella se publica la producción académica de profesores y estudiantes de la Facultad, y de otros académicos colombianos y extranjeros.

Además de los docentes que han alcanzado prestigio nacional e internacional por sus aportes en el mundo académico, la Facultad también cuenta con otros profesores que se han destacado como creadores en el mundo de las letras, en campos como la novela, el cuento, la poesía y el ensayo. Como ejemplo, y para no extendernos en la lista, vale la pena destacar a Jaime Alberto Vélez González, fallecido en 2003, en momentos de su máxima producción; a Juan José Hoyos, uno de los maestros más destacados en el área de periodismo (hoy jubilado), y a Pablo Montoya Campuzano, ganador del premio internacional de novela Rómulo Gallegos en 2015.

Otro proyecto que hay que mencionar es el Sistema de Información Sobre Literatura Colombiana, Silc. A comienzos de 2002, los profesores Hubert Pöppel y Augusto Escobar propusieron este sistema, que en su momento fue presentado al Ministerio de Cultura. Este proyecto busca hacer un inventario del patrimonio cultural literario, en distintos bancos de información que son alimentados de manera permanente y que se han convertido en una herramienta para investigadores colombianos y extranjeros. Información que está disponible a través de la internet. Con el proyecto, se buscaba resolver un gran vacío que había en este campo, y responder al interés que muestran tantos investigadores nacionales y extranjeros por la literatura colombiana.

Por otra parte, el Ciec –con el apoyo del Comité para el Desarrollo de la Investigación, Codi– ha hecho grandes adelantos en el apoyo a las actividades de investigación y extensión de la Facultad. Hoy cuenta con nueve grupos registrados ante Colciencias, 6 de Lingüística y Literatura y 3 de Comunicación Social: Tradiciones de la Palabra, clasificación A en Colciencias, fue fundado en 2007 con el objetivo de contribuir al desarrollo de los estudios históricos sobre literatura colombiana.

Grupo de Estudios Literarios, GEL, clasificación A en Colciencias. Dedicado especialmente al estudio de la literatura colombiana e hispanoamericana, y también al estudio de las relaciones de las literaturas trasatlánticas. Fue fundado por la misma época en la que nació la Facultad de Comunicaciones.

Grupo de Estudios Lingüísticos Regionales, Gelir, clasificación A en Colciencias. Fundado en 1995, con el objetivo profundizar en el estudio del uso actual de la variante regional del español en sus vertientes rural y urbana, oral y escrita, popular y culta.

El Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana, Gelcil, clasificación B en Colciencias, dedicado a los estudios sobre literatura, culturas e historia intelectual de América Latina. Comunicación, periodismo y sociedad, clasificación C en Colciencias. Fundado en 1997, está enfocado en los estudios sobre análisis y producción de medios, comunicación digital, cambio social, gestión y relaciones en las organizaciones y comunicación y cultura.

Grupo de Estudios Sociolingüísticos, clasificación D en Colciencias. Fundado en 2006, se dedica al estudio de los fenómenos lingüísticos en relación con fenómenos socioculturales del entorno colombiano y regional. Psicolingüística y Prosodia, clasificación D en Colciencias. En psicolingüística investiga temas relacionados con los procesos cognitivos que subyacen a la lectura y escritura de niños. En prosodia, estudia la modulación del habla en diferentes partes de Colombia.

Contracampo, registrado en Colciencias. Dedicado a la investigación de distintos fenómenos relacionados con el cine y la televisión, entre otros.

Estudios de Periodismo, registrado en Colciencias. Es un grupo enfocado a los estudios relacionados con diversos temas cercanos al periodismo, como la memoria histórica, la transmedia y las narrativas urbanas.

El panorama actual deja espacio para el optimismo: los nuevos programas de pregrado y de posgrado en sus distintas áreas son grandes pasos hacia la consolidación de la Facultad de Comunicaciones. Ahora lo importante es que la Facultad siga avanzando con paso firme y que las distintas áreas tengan un objetivo común: el desarrollo de la docencia, la investigación y la extensión. Y que los profesores, todos, cada vez sean más equipo. Ese es el camino para que todas las voces de la Facultad, con todos los estudiantes, por fin formen un coro polifónico.

Notas

* Vergara Aguirre, Andrés. "Facultad de Comunicaciones. Del caos a la polifonía". En: Crónicas universitarias. Medellín, 2003: 55-64.

1. VILLA, Víctor. "El Instituto Filológico ¿Un modelo aun posible?". En: Pre-ocupaciones. Medellín: Autores Antioqueños, 1991-2002.

2. GIRÓN LÓPEZ, María Stella. "Sobre los estudios literarios en la Universidad de Antioquia". En: Lingüística y Literatura. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia Nos. 34-35, julio 1998-1999. 2000.

3. *Ibíd*, 104.

4. *Ibíd*, 107.

5. *Ibíd*, 117.

6. El Rector de entonces, Luis Pérez Gutiérrez, propuso que se creara la Facultad de Lenguas y Comunicaciones, que agruparía el pregrado en Idiomas, el de Comunicación Social y la Maestría en Lingüística, pero el proyecto no se consolidó.

7. Grupo de Trabajo Académico Pregrado en Comunicaciones (Decana, María Helena Vivas L.; Jefe Departamento, Javier Ignacio Muñoz; profesores, Alba Gutiérrez, María Victoria Mejía, Regina Vélez, Nora Elena Villa, Eduardo Domínguez Gómez). "Propuesta curricular", 2002.